

Un aspecto de la verdad según Marías


ENRIQUE GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Julián Marías suele pedir que se tenga "un respeto escrupuloso a la verdad". Algunos piensan que es imposible encontrarla o mostrarla, que no se puede responder a la pregunta *¿Qué es la verdad?* Marías, por su parte, considera que hay que atenerse a la realidad, desde la propia perspectiva, para alcanzar la verdad. Y "sobre la realidad caben muy diversas perspectivas, innumerables puntos de vista, no digamos sobre realidad tan ondulante como la humana" (artículo *Verdad y mentira*, "ABC", 14 de marzo de 1996). Ante la realidad se tienen posturas diferentes, visiones distintas. "Todo lo que un hombre ha visto es verdad", dice Graty. Las distintas visiones de la realidad, los diferentes puntos de vista son

verdaderos. Lo que se ve —si es visión, no deformación o ficción— es verdad.

Cualquier hombre, por tanto, tiene su propia verdad porque tiene su propia perspectiva desde la cual mira la realidad. Es una cuestión visual. Al ser la vida circunstancial, la verdad también lo es. ¿Significa esto un relativismo? De ningún modo: cada verdad es parcial y debe completarse con las demás, ya que nadie puede abarcar con su vista toda la realidad: "esas verdades, parciales, no tienen por qué excluirse mutuamente; en principio pueden completarse" (*Verdad y mentira*). Todo ello se sitúa en los antípodas de la intolerancia, porque las diferentes perspectivas son factores de integración y no de exclusión. El conjunto de las

«Cualquier hombre tiene su propia verdad porque tiene su propia perspectiva desde la cual mira la realidad. Es una cuestión visual. Al ser la vida circunstancial, la verdad también lo es.»



perspectivas —visiones incompletas— es lo que puede lograr la visión completa, la visión más verdadera. Cada perspectiva puede —debe— intensificarse para potenciarse y así enriquecerse todas mutuamente. "La perspectiva —escribe Marías en su libro *Ortega (Circunstancia y vocación)*— se perfecciona por la multiplicación de sus términos y la exactitud con que reaccionemos a cada uno de sus rangos, es decir, hay una estructura de lo real, que sólo se presenta perspectivamente, que necesita integrarse desde múltiples términos o puntos de vista, y que reclama *exactitud* en nuestra reacción".

En *Verdad y perspectiva* escribe Ortega que la "realidad, precisamente por serlo y hallarse fuera de nuestras mentes individuales, sólo puede llegar a éstas multiplicándose en mil caras o haces". Por ello "la realidad no puede ser mirada sino desde el punto de vista que cada cual ocupa". Como no se puede inventar la realidad, "tampoco puede fingirse el punto de vista". Por ello "cada hombre tiene una misión de verdad. Donde está mi pupila no está otra: lo que de la realidad ve mi pupila no lo ve otra. Somos insustituibles, somos necesarios".

La perspectiva posibilita acceder a la verdad de lo real. Porque la realidad es vista perspectivamente. La falsedad, en cambio, consiste en ser infiel a la perspectiva, al punto de vista; también en hacer absoluto un punto de vista particular. Perspectiva "quiere decir *una entre varias posibles*, y una perspectiva única es una contradicción" (*Ortega, Circunstancia y vocación*).

Cada persona debe saber apreciar su propia verdad, consecuencia de su insustituible perspectiva, así como las perspectivas y verdades de los

«La falsedad, en cambio, consiste en ser infiel a la perspectiva, al punto de vista; también en hacer absoluto un punto de vista particular.»»



demás. Ortega define la verdad como "coincidencia del hombre consigo mismo" (*En torno a Galileo*). Por eso la verdad es una cuestión de amor propio, de autenticidad, de ser fiel a sí mismo. El hombre alterado, no ensimismado, infiel a su perspectiva, vive una vida falsa. En *Primores de lo vulgar* escribe que "un ser que desprecia su propia realidad no puede *verdaderamente* estimar nada ni haber en él nada de verdad".

Cuando se vive en esa actitud de desprecio ante la propia perspectiva, contra la verdad, se vive contra la realidad, o mejor dicho contra lo que uno ve. Pero existe otra manera de vivir contra la verdad: se da al negar hostilmente el punto de vista ajeno, cuando alguien desea eliminar las perspectivas que no le agradan. Es lo contrario del amor a los demás, a sus propias y diferentes perspectivas. La imposición totalitaria y absolutista de una única visión, excluyente de las demás, es, aparte de inmoral, una falsedad.

Un error gravísimo ocurre cuando en el ámbito religioso hay quienes erigen su punto de vista particular en punto de vista absoluto. No nos referimos a los artículos de la fe —queda aparte el contenido de la revelación—, sino a otras cuestiones ante las cuales caben múltiples perspectivas, distintos puntos de vista. La gravedad estriba en erigir, al amparo de razones religiosas y bajo capa de piedad, un único punto de vista, exclusivo y excluyente; este fundamentalismo es —permítase la expresión— algo diabólico. Escribe Ortega en su primer libro —*Meditaciones del Quijote*— que "Dios es la perspectiva y la jerarquía: el pecado de Satán fue un error de perspectiva". Julián Marías explica así el significado de esas palabras:

"Siempre que se erige un punto de vista particular en punto de vista absoluto, en lugar de situarlo en su lugar justo dentro de la perspectiva total, se comete un error que consiste en usurpar el punto de vista de Dios — permítase la expresión—, que es precisamente la infinitud de todos los puntos de vista posibles, la integración jerárquica de todas las perspectivas. Por eso suelo decir que todas las pretensiones de *absolutismo del intelecto*, de afirmación de un sistema particular con exclusión de los demás, son formas de *satanismo*, por muy inocuas y aun piadosas que puedan ser en la intención" (*Ortega. Circunstancia y vocación*; véase también el comentario de Marías a las *Meditaciones del Quijote*).

Ortega, en *El tema de nuestro tiempo*, advierte que la suma de las perspectivas individuales, la omnisciencia, la verdadera *razón absoluta* es "el sublime oficio que atribuimos a Dios". Porque Dios "está en todas partes y por eso goza de todos los puntos de vista".

Pensemos por ejemplo en la cantidad de veces que, dentro del ámbito clerical, se ha dicho que la Historia de la Filosofía es la sucesión de los errores humanos, exceptuando un caso, o a lo sumo dos. Habría que decir, sin embargo, que cada filósofo ofrece una manera nueva de ver la realidad: mira a ésta desde su propia perspectiva personal, desde un punto de vista determinado. Las diferentes visiones de los distintos filósofos son, por tanto, parcialmente verdaderas, y por eso no se excluyen. Ningún sistema filosófico puede tener una validez absoluta y exclusiva porque ninguno —en expresión de Marías— *agota la realidad*. Para ilustrar un aspecto concreto de esta cuestión pueden consultarse las obras de Marías *Ortega y tres antípodas* y *El lugar del peligro*. El prólogo de la primera escribe que la

hostilidad contra Ortega y su escuela durante varios decenios "tomaba ante todo aspecto clerical. Conviene no olvidar que lo político y lo eclesiástico —salvo excepciones contadas— aparecían en aquellos años estrechamente unidos, cuando no identificados. El brazo eclesiástico es el que se movilizaba sobre todo en los temas que tenían una vertiente intelectual, y así se realizó la destrucción de la enseñanza de la filosofía en la Universidad, y en especial en la admirable Facultad de Madrid".

Otro ejemplo es la actitud que ha solido tener la jerarquía eclesiástica en ciertas ocasiones. "El temor al error —escribe Marías en *Problemas del cristianismo*— ha predominado en ella sobre el amor a la verdad. El espíritu inquisitorial — que no se ha limitado a la institución llamada Inquisición— ha paralizado durante siglos el pensamiento de los católicos y, en buena medida, el de los protestantes. Y no sólo el pensamiento, sino la *vida religiosa*, cuya espontaneidad creadora ha estado constantemente frenada por el miedo a errar (y a sus consecuencias temporales). La libertad de los hijos de Dios, de los hijos de la casa, ha estado amenazada durante siglos, a lo largo de casi toda la Edad Moderna; el temor de Dios, principio de la sabiduría, ha sido sustituido por el *temor servil*, indigno del cristiano".

En *La justicia social y otras justicias* escribe Marías que desde el siglo XIX, con la "repulsa general de todo lo *moderno*, la Iglesia había manifestado su hostilidad a todo intento de renovación del pensamiento teológico o filosófico, incluso cuando se habían originado en su seno. No digamos de las formas de pensamiento que se habían originado fuera de su área, sin

«Ningún sistema filosófico puede tener una validez absoluta y exclusiva porque ninguno —en expresión de Marías— agota la realidad.»

molestarse demasiado en averiguar si eran o no conciliables con el cristianismo, si acaso tenían profunda afinidad con él (...) Cuando en el siglo XX surgen una serie de visiones filosóficas de la realidad que precisamente significan la superación de los viejos elementos paganos que permanecían adheridos al cristianismo, la apertura del horizonte hacia una interpretación personal de lo humano, la Iglesia jerárquica ha solido permanecer impermeable hasta hace menos de quince años".

Al margen ya de lo clerical, téngase presente la serie de conflictos que surgen en nuestro mundo cuando hay aversión hacia las verdades y perspectivas ajenas, consideradas como enemigos que hay que destruir, o por lo menos despreciar. Ilustremos este caso con un aspecto social como puede ser el provincianismo.

En *El tema de nuestro tiempo*, Ortega define el provincianismo como un error de óptica, en virtud del cual el sujeto cree que está en el centro del mundo. En su comentario a las *Meditaciones del Quijote*, Marías pone de relieve que el pensamiento orteguiano "excluye todo *provincianismo*. Mientras *provincial* es el que pertenece a una provincia, *provinciano* es para Ortega el que cree que su provincia es el mundo". Este provincianismo, identificado con el nacionalismo, ya fue criticado por Ortega el año 1908, en un artículo titulado *Meier-Graefe*, donde denuncia el peligro del imperialismo alemán, construido sobre lo culturalmente falso. En tal fecha le parece a Ortega que la labor educativa alemana es — como cualquier otra obra educativa nacionalista— "una fábrica de falsificaciones". Este fenómeno, que "falsifica hombres" y que llega a

considerar ciertos estilos como enemigos de la patria, es una manifestación del "vicio nacionalista de la intolerancia: en este sentido merece, como todo nacionalismo, exquisito desprecio".

Frente a la intolerancia, al fanatismo, al absolutismo del intelecto, al provincianismo o nacionalismo, a la afirmación excluyente de un único punto de vista o al *satanismo*, hay que subrayar que la teoría perspectivista de la verdad hace posible la concordia. Escribe Marías que la "verdad es el único fundamento posible de la concordia". Si sobre la realidad caben muy diversas perspectivas, innumerables puntos de vista, esa realidad "impone un núcleo de coincidencia a todas esas posturas diferentes, visiones distintas de la misma cosa". Esas verdades que son parciales y que no se excluyen pueden y deben complementarse. "En cambio, si se inventa la realidad, por aún si se la mutila, se la adultera, se la falsifica, no hay manera de ponerse de acuerdo, y en cuestiones que afectan a la vida colectiva sobreviene la discordia" (*Verdad y mentira*).

Ahora bien, en un artículo titulado *Verdad y concordia* ("Cuenta y Razón" 97), Marías muestra que la concordia no hay que confundirla con la unanimidad, ni siquiera con el acuerdo. "La diversidad de lo humano, la índole conflictiva de la vida, tanto la privada como la colectiva, excluye la homogeneidad, la unanimidad, que siempre es impuesta, precisamente a costa de la verdad, de su desconocimiento o falsificación. El desacuerdo es muchas veces inevitable. Pero no se puede confundirlo con la discordia. Esta es la negación de la convivencia, la decisión de no vivir juntos los que discrepan en ciertos puntos". En cambio, la condición de la concordia es "el escrupuloso

«En *El tema de nuestro tiempo*, Ortega define el provincianismo como un error de óptica, en virtud del cual el sujeto cree que está en el centro del mundo .»



respeto de lo que es verdad, es decir, de la estructura de la realidad. Lo cual excluye la homogeneidad, la unanimidad, que rara vez existe".

Ha sido una constante histórica la "opresión de los *discrepantes*, el no reconocerlos y respetar sus diferencias, la posibilidad de convivir con ellos". Hoy se da también la actitud de los discrepantes que intentan imponerse. "Lo que suele llamarse *integrismo* o *fundamentalismo* es el ejemplo actual de esta actitud". Estos fundamentalistas rompen la convivencia, "negándose a convivir como porciones en